Continuidad/discontinuidad en el uso de conceptos en Antropología Social

Eduardo L.Menéndez

"Restaurar la tradición del pensamiento utópico es, a mi juicio, una de las tareas intelectuales importantes de hoy día. Puesto que vivimos en una época de desencanto, ese pensar, cuando es racional en sus objetivos y métodos y no implica un mero escapismo, no resulta fácil... El pensamiento utópico requiere lo que he llamado 'el coraje de fracasar', o sea la aptitud de enfrentar la posibilidad de la derrota sin sentirse moralmente destruido"

D.Riesman (1954)

En los últimos quince años tal vez más, he venido trabajando básicamente sobre problemas de Antropología Médica, y en particular sobre saber médico y sobre proceso de alcoholización. Además en los últimos cinco o seis años, y como consecuencia parcial de mis investigaciones sobre los temas señalados, he retomado algunas reflexiones que inicié en Argentina hace ya casi treinta años. Dichas reflexiones refieren a toda una serie de problemáticas que tienen como eje la producción y uso de conceptos en Antropología Social, y su articulación con los conceptos, ideas y prácticas desarrollados a través de otros saberes, en particular los generados y usados en la vida cotidiana por los conjuntos sociales.

La primera de esas problemáticas refiere a un objetivo bastante antiguo: describir y analizar las correspondencias que existirían entre los conceptos, ideas, representaciones, prácticas generadas "independientemente" por el saber teórico/académico por una parte, por el saber profesional y técnico por otra, y por

último por los que piensan y actúan con objetivos políticos[1].

Partimos del supuesto de que existirían notorias correspondencias entre estos tres tipos de saberes, que si bien presentarían diferencias específicas, evidenciarían notables similaridades que requieren ser descriptas y articuladas. Asumimos además que los tres saberes se influirían mutuamente en una dinámica que generalmente no asumen ni los teóricos ni los prácticos.

Si bien el análisis de las relaciones entre estos saberes lo hemos venido realizando respecto de ciertos aspectos del proceso de alcoholización, de determinados usos de la medicina popular y de la denominada participación social (Menéndez 1984, 1990a, 1990b, 1994, 1995a, 1996a; Menéndez y Di Pardo (1996), quieren subrayar que dichas correspondencias se evidenciaren a través de la mayoría de los procesos sociales y de los conceptos básicos que analizamos y manejamos los antropólogos, y a través de los cuales podría observarse esta correlación teórico/técnica/política.

En nuestro análisis, partimos de un segundo supuesto, que estos tres saberes están en forma directa e indirecta relacionados con el saber que los conjuntos sociales manejan/usan/piensan respecto de la participación social, el padecimiento, el alcoholismo, o cualquier otro proceso/hecho que opera en la vida cotidiana de los conjuntos sociales, y que son también trabajados por los otros saberes.

A través del desarrollo de esta problemática, hemos tratado de describir los saberes particulares que experiencian una misma realidad, para encontrar las racionalidades diferentes de cada uno, y observar los tipos de articulación que operan entre los mismos. Buscamos también establecer cuales son las posibilidades de autonomía relativa del saber de los conjuntos sociales, que operando junto/conjuntamente con saberes más abstractos, más genéricos, más sistematizados, más científicos, etc., siguen teniendo importancia decisiva en la interpretación y resolución de sus problemas, dado que el saber de los conjuntos sociales cumple funciones básicas para la producción y reproducción de la sociedad a nivel de cada grupo específico, y que algunas de esas funciones sólo dicho saber puede desarrollarlas.

Lo señalado, constituye el marco referencial de los análisis que estamos realizando, y según el cual asumimos que entre los diferentes saberes enumerados se establecen relaciones y transacciones, que operan dentro de un proceso de continuidad/discontinuidad. Pero este trabajo se centrará casi exclusivamente en determinados aspectos del uso de

1.Es obvio que en la práctica estos tres saberes no son totalmente separables.

conceptos por la Antropología, a partir de asumir la existencia de otros saberes con los cuales está relacionada directa y/o indirectamente nuestra disciplina, y que influyen en el proceso que vamos a analizar. Es decir, que si bien reduciremos nuestro análisis a las continuidades/discontinuidades observadas en el ámbito antropológico, ello no supone ignorar que otros saberes también están interviniendo en los procesos de resignificación, de ruptura, de desgaste, o de olvido que observamos en el uso de conceptos en nuestra disciplina.

Olvido, maniqueísmo y trabajo de campo

La revisión del uso de conceptos antropológicos ha puesto de manifiesto un hecho obvio que opera recurrentemente tanto en la producción teórica, como en casi todos los aspectos de la vida cotidiana. Me refiero al olvido, negación, renegación no solo de hechos históricos o de acontecimientos personales, sino también al continuo olvido de conceptos y teorías (Menéndez 1995 b). Olvido y negación que frecuentemente suponen la reinvención de conceptos y teorías que no se diferencian demasiado de los olvidados. Y cuando señalo ésto, no me refiero a conceptos marginales o secundarios, sino a los conceptos centrales de la Antropología Social.

Sin abandonar la preocupación por estos procesos de olvido y continuo descubrimiento de lo ya sabido, en este trabajo me centraré en otra problemática complementaria. Me refiero a la tendencia al maniqueismo, a la polarización teórico/ideológica, a la omisión del *otro* en la producción y uso de conceptos.

Desde nuestra perspectiva, el maniqueísmo y la polarización teórico/ideológica constituyen parte del proceso de olvido y descubrimiento que opera tanto en la producción de conocimiento como en la vida cotidiana y que, por lo menos parcialmente, tienen como objetivo la exclusión del *otro* y la afirmación de la propia identidad[2].

Para que quede claro lo que estoy proponiendo, voy a analizar un proceso a través del cual los antropólogos podemos reconocer fácilmente lo que estoy desarrollando.

Como es sabido, y aún cuando en la actualidad dicha afirmación está en crisis, para gran parte de los antropólogos el quehacer antropológico se identificaba con el denominado "trabajo de campo" Pese a ello, aún durante el período de mayor hegemonía del trabajo de

2.Lo concluido no implica la negación del conflicto, la contradicción, las incompatibilidades, las diferencias, etc. Por otra parte nuestro análisis de conceptos no busca establecer categorías definitivas, ya que partimos de la base de que los conceptos son construcciones provisionales.

campo como ideología, dentro de la antropología se constituyeron respecto del mismo posiciones no sólo diferenciadas sino antagónicas.

En Argentina, algunos etnólogos durante las décadas de los cincuenta y sesenta consideraban al trabajo de campo como una práctica secundaria y subordinada a la reflexión teórica. Para ellos la etnología radicaba su importancia en la interpretación teórica y no en la producción de información. En contraste, y también en nuestro país, algunos importantes antropólogos sociales allí por los setenta y ochenta centraban toda la importancia de la Antropología en el trabajo de campo, y excluían de la misma todo lo que no tuviera como protagonista dicha instancia.

La afirmación o secularización del trabajo de campo emergieron más que como reflexiones metodológicas, como mecanismos de identificación con un tipo de Antropología que negaba al Otro.

Cuando una parte de la Antropología de los países centrales, y en especial de los EEUU, entró en crisis en los setenta y ochenta, este proceso de polarización se radicalizó a través de nuevas interpretaciones sobre el significado del trabajo de campo. Así algunos autores no sólo secundarizaron la significación del mismo, sino que negaron su importancia y algunos propusieron una antropología sin trabajo de campo. Otros autores redujeron el trabajo de campo a una suerte de prueba de iniciación reducida a sí misma, mientras que otros convirtieron el resultado del trabajo de campo en una especie de novela más o menos autobiográfica. Por supuesto la mayoría de los antropólogos siguió defendiendo militantemente la identificación de nuestra disciplina con el trabajo de campo, aunque con algunas variaciones que sin embargo cuestionaban su significación profunda. Me refiero, por ejemplo, al desarrollo de las denominadas etnografías rápidas durante los ochenta y noventa[3].

Estas propuestas desarrolladas en torno al trabajo de campo expresaban la crisis de nuestra disciplina, pero también una polarización más profunda y constante organizada en torno al teoricismo/empirismo en antropología, así como el papel del financiamiento en la extensión/reducción del trabajo de campo (Menéndez 1996 b). Pero de estos aspectos no hablaré en este trabajo.

Durante dicho lapso en Argentina abierta o silenciosamente se criticó a tal o cual antropólogo de no serlo por no reflexionar etnológicamente o por no hacer trabajo de campo.

3.En algunos de estos autores, es interesante constatar la utilización de las etnografías rápidas, junto a un discurso que asume como propias las propuestas de Geertz sobre la "descripción densa" y la importancia de describir e interpretar significados.

Unos eran simplemente "prácticos" y otros "teorizantes". Pero estos cuestionamientos no se expresaban a través de análisis teórico/metodológicos, sino a través de imputaciones.

Sin embargo la importancia o reducida significación del trabajo de campo podría haberse observado a través del análisis de la calidad de los materiales etnográficos o de las reflexiones producidas en nuestro país[4]. Pero esto no se hizo, pues lo dominante era el mantenimiento de posiciones maniqueas que negaran al Otro, más que llegar a conclusiones articulados de las diferentes posiciones. Por eso es importante señalar que esta discusión no refirió nunca a la calidad del trabajo de campo -y/o del trabajo reflexivo- , sino al trabajo de campo en sí, es decir como categoría ideológica de identificación y oposición[5]

Con lo expuesto, espero que hayan quedado aclaradas algunas de las características de la perspectiva que voy a aplicar en el análisis de la utilización de conceptos. Si bien, como señalé al principio, esta problemática opera a través de la mayoría de los conceptos que manejamos los antropólogos, es obvio que no podemos analizar el conjunto de dichos conceptos, por lo cual seleccioné uno que tiene notoria vigencia en la actualidad, aún cuando el mismo fue recuperado nuevamente en los últimos quince años.

Me refiero al concepto de sujeto; en años recientes no sólo el sujeto, sino la subjetividad han pasado a primer plano dentro de la Antropología -por lo menos dentro de la Antropología Médica-, pero también de la Sociología, la Historia y por supuesto la Psicología.

El uso y visibilidad actual de este concepto implica hacer algunos comentarios respecto de lo que se ha denominado "el retorno del sujeto". Una parte de los antropólogos, pero también de los otros científicos sociales latinoamericanos, suelen hablar actualmente de sujeto y subjetividad, asumiendo tácita o explícitamente que el sujeto siempre estuvo excluido; que nunca fue realmente manejado por la teoría y trabajo antropológico o sociológico como una categoría central.

Si bien el concepto de sujeto, con este u otros nombres, no fue utilizado por la mayoría de las corrientes teóricas antropológicas, ello no supone concluir que dicha categoría

4.Nosotros no estamos de acuerdo con esta escisión reflexión/trabajo de campo, pero estos fueron los términos en que se presentó la *discusión.*

5.Así en lugar de discutir, por ejemplo, si es correcto en términos teóricos y metodológicos describir y analizar el proceso salud/enfermedad/atención de un grupo cuando no se tiene un manejo de la lengua del mismo, y a partir de ello evaluar que validez van a tener los datos obtenidos con manejo o sin manejo de la lengua del otro, lo que se hizo fue afirmar que habia que estudiarlo (hacer trabajo de campo) ajeno a la incidencia del uso del lenguaje nativo en la calidad etnográfica obtenida.

no fuera importante para algunas escuelas y para autores significativos. No solo el existencialismo y una parte de la fenomenología incluyeron al sujeto, sino que otras tendencias importantes de la Antropología Cultural y de la Sociología norteamericana usaron la dimensión subjetiva. Inclusive, como es fácilmente recordable, tanto la Antropología como la Sociología utilizaron tempranamente la autobiografía y la historia de vida aplicadas a individuos pertenecientes a grupos étnicos y rurales, y a través de las cuales se trabajó con la dimensión personal (ver Kluckhohn 1945)[6].

Quiero recordar que el peso de lo subjetivo, inclusive de los factores individuales, fue tan fuerte en estas tendencias, que una parte de la antropología latinoamericana las criticó por "psicologistas" (Bonfil 1962, 1995).

Al recordar el manejo del sujeto por algunas tendencias, no estoy proponiendo que dichas corrientes utilizaran "bien" o "mal" las categorías de sujeto y de subjetividad, sino que solo trato de recordar que la categoría de sujeto fue utilizada desde las décadas de los veinte y los treinta, y que en consecuencia no es una categoría *nueva* ni ajena como muchos antropólogos actualmente suelen creer.

Pero además, la visión que de la propia disciplina se tiene en relación a la categoría sujeto, resulta paradojal. Ya que la aceptación -bastante unánime- de que la teoría antropológica no utilizaba el concepto de sujeto ni se preocupaba por la subjetividad, contrasta con el hecho de que dicha exclusión se da dentro de la disciplina que ha desarrollado una de las prácticas de investigación más personalizada. La mayoría del trabajo de campo antropológico implica la constitución y desarrollo de relaciones personales; supone la puesta en juego de la subjetividad del antropólogo y de los informantes. ¿Cómo articular este casi

6.En mi trabajo haré referencias a otras disciplinas, pero me centraré en la Antropología. No obstante es importante recordar que la sociología norteamericana se caracterizó a través de casi toda su historia por la importancia dada al individuo y al microgrupo. Wright Mills especialmente en su notable análisis de los "patólogos sociales" (1943), I.L.Horowitz (1969) en su crítica de la sociología norteamericana al analizar la existencia de una "nueva sociología", o Gouldner (1973a,1973b) en su análisis de la "sociología romántica" pusieron reiteradamente en evidencia esta tendencia al uso del "sujeto". Inclusive Gouldner señala que un autor como Homans coincide con Goffman y Garfinkel "...en asignar un papel activo a los hombres como constructores y usuarios de estructuras y órdenes sociales, y no simplemente como sus receptores y trasmisores" (1973b:364), refiriéndose específicamente al texto de Homans sobre el grupo humano que fue publicado en 1950. Y recordemos que la casi totalidad de los casos analizados por Homans, corresponden a estudios de tipo antropológico que pueden ser considerados como funcionalistas o estructural/funcionalistas.

inevitable proceso, con la supuesta negación del sujeto por la teoría antropológica?. ¿La antropología expresaría una suerte de escisión entre "la teoría" y su metodología?, ¿o supondría una estrategia para opacar el peso decisivo de la subjetividad en el trabajo antropológico?[7].

Una segunda afirmación a aclarar es la que considera, que una parte sustantiva de la recuperación del sujeto se dio a partir del desarrollo de los estudios de identidad, entidad, género, religiosidad, etc. La revisión de estos estudios en América Latina permite observar que una parte sustantiva de estos trabajos no manejan realmente las categorías de sujeto y subjetividad. Por el contrario muchos niegan la categoría de sujeto en beneficio de la categoría de actor social. En la mayor parte de los estudios sobre entidad o religiosidad, lo que interesa no es la identidad del sujeto, sino la identidad del grupo étnico o religioso. Una identidad que acentúa la homogeneidad del actor a partir de la diferencia con el Otro, pero que opaca o directamente niega las diferencias que operan al interior de dicho actor (Menéndez 1996 a).

Se ha confundido la recuperación del papel de determinados actores sociales, con el manejo de la categoría sujeto. Una de las formas de eliminar estas confusiones y ambigüedades es que los autores que trabajan con estos actores sociales explicaren las categorías que manejan y el papel que le dan a la subjetividad. Pero lo que observamos es que la mayoría de los autores, da por supuesto el concepto de sujeto o de actor, y pasa directamente a describir y/o reflexionar sobre la problemática elegida, contribuyendo a mantener la confusión o por lo menos la ambigüedad[8].

Un tercer aspecto a aclarar, es el de que para muchos antropólogos la recuperación del sujeto se ha dado a través de las corrientes que trabajan con el orden simbólico, mientras que la negación de dicha categoría se daría sobre todo entre los que trabajan con la dimensión económico/política. Si bien algunos autores que trabajan con la dimensión simbólica han favorecido la recuperación del sujeto, la mayoría de estas tendencias teóricas, por el contrario, han contribuido a reforzar la secularización del sujeto. El hecho de que algunas corrientes teóricas, especialmente las fenomenológicas, trabajen con el sujeto hasta caer en el psicologismo, no puede ser referido a la mayoría de las tendencias que trabajan en

7.Hasta fechas relativamente recientes, los antropólogos de casi todas las corrientes, tendieron a excluir su subjetividad del proceso de investigación. Ver el trabajo clásico de Devereux 1977.

8.Los actores sociales han sido utilizados frecuentemente de tal manera, que en nombre del actor se ha generado un retorno actoral al estructuralismo.

Antropología simbólica. Como vemos, opera un equívoco similar al que se da respecto del punto anterior.

El cuarto aspecto es casi derivación de los dos anteriores; se ha confundido el uso de las categorías actor o agente social con la recuperación del sujeto y la subjetividad. Así como también se ha asumido que trabajar con significados equivalía a trabajar con sujetos; pero hablar de actores y significados no implica necesariamente trabajar con la subjetividad de los agentes sociales.

Un último punto a aclarar, por lo menos desde la perspectiva de la especialización antropológica dentro de la cual trabajo, es que una parte de la recuperación del sujeto y de la subjetividad se dio y sigue dándose a través de los problemas que estudia la Antropología Médica. Trabajar con la mortalidad, el dolor, el padecer no conduce inevitablemente a recuperar la dimensión subjetiva, pero posibilita el acceso a dicha dimensión. Si bien la Antropología ha trabajado tradicionalmente con la muerte, al separarla de la subjetividad del moribundo y de su grupo, pudo producir notables aportes en términos de los rituales de la muerte, pero excluyendo el padecer del proceso de morir. Actualmente una doble tendencia, que por una parte incluye la muerte como mortalidad, y por otra la *experiencia* subjetiva y colectiva de la muerte, posibilitan recuperar una dimensión que la investigación antropológica solía excluir y aún excluye.

En los últimos años la antropología y otras disciplinas, trabajan cada vez más con el concepto experiencia de enfermedad, y la expansión de este concepto justamente expresa esta recuperación del sujeto. Pero quiero insistir que dicha recuperación no se da mecánicamente. Muchos trabajos que utilizan el concepto de experiencia lo que hacen realmente es analizar saberes y no experiencias. La recuperación de la subjetividad supone una decisión intencional del investigador de incluirla no solo como categoría sino como etnografía (Allué 1996, Cortés 1996). Si bien el saber de un grupo puede incluir la experiencia, y ésta a su vez expresar saberes, toda una serie de autores describen saberes donde la experiencia es mínina o directamente inexistente.

Esta propuesta asume la existencia de tendencias fuertes en las maneras antropológicas de pensar la realidad, que necesitan ser autocontroladas y no sólo epistemológicamente. La inclusión o no de determinados aspectos de la realidad no implica sólo el reconocimiento de su existencia sino la decisión de incluirlos realmente, más allá de reconocerlos.

Presentados estos aspectos -que junto con otros- refieren a varias representaciones más o menos confusas respecto de la recuperación de la categoría sujeto en antropología,

pasaré a revisar algunos aspectos de dicho concepto en términos del proceso de continuidad/discontinuidad a que hice referencias al principio de este trabajo. Para favorecer nuestro análisis revisaré el concepto de sujeto a través de su relación con la categoría que es considerada como su opuesta y/o complementaria, la de estructura. En consecuencia lo que haré es primero enumerar las posiciones fuertes y contratantes a través de las cuales se manejaron estos conceptos, para luego analizar algunas variaciones que buscaron un tipo de articulación que modificara las tendencias hacia la polarización.

La escisión estructura/sujeto

Las concepciones que colocan el eje en la estructura, se denomine esta dimensión económico/política, orden simbólico o justamente estructura social proponen:

a) que es la estructura la que crea, construye, impulsa o determina el sistema de representaciones y prácticas que manejan los sujetos.

b) es en la estructura donde aparece realmente el sentido no solo de la estructura, sino de los saberes de los sujetos. Más aún, la estructura expresaría su sentido a través de los sujetos sin que estos se den cuenta o tengan *conciencia* de ello.

c) el sujeto viviría la realidad en un nivel manifiesto que desconoce las determinaciones reales de su comportamiento. Más allá de la intencionalidad o no-intencionalidad de sus acciones, el sentido real de las mismas no está en el comportamiento subjetivo, sino en la estructura. El sujeto no produce la estructura, sino que la reproduce.

d) el sujeto en tanto *yo* existe fantasmáticamente; donde realmente existe es en el Otro cultural (estructural). El sujeto expresa en su conciencia yoica sus intereses, objetivos, deseos, etc., que ocultan, opacan, niegan, etc. la realidad de su sí mismo. La vida social (estructura) no puede ser explicada/comprendida por las interpretaciones de los sujetos, sino por la estructura.

e) los comportamientos manifiestos, conscientes e intencionales del sujeto expresan los contenidos del orden cultural dentro del cual vive el sujeto. Los procesos de anomia, alienación, desviación o adaptación remiten a la estructura, para comprender la constitutividad "normal", adaptada, alienada o desviada de los sujetos.

f) es la estructura la que establece los márgenes dentro de los cuales el sujeto piensa, elige, etc.; en consecuencia el sujeto no es *libre* ni el sujeto realmente elige. Puede seleccionar, pero no elegir. El sujeto puede ser o no pensado como sujeto intencional, pero esto es secundario respecto de la relación sujeto/estructura.

g) el sentido que el sujeto da a la (su) acción es un efecto de superficie; las acciones y decisiones que toma el sujeto se rigen por motivaciones, códigos, discursos o saberes que él no controla, ni respecto de los cuales tiene total conciencia.

h) existen diferencias entre los sujetos -esta es una obviedad- pero estas son secundarias respecto de la estructuración que opera en los diferentes espacios realmente decisorios y que pueden referir a la cultura, la clase social, el grupo étnico, el movimiento religioso, etc.

Debe subrayarse que las tendencias teóricas que podrían incluirse dentro de estas concepciones, no se preocuparon demasiado por encontrar las articulaciones entre estructura/sujeto. Las propuestas, cuando existen, refieren a procesos de socialización, de endoculturación, de reproducción, de transmisión, de hegemonía/subalternidad, de relaciones de poder/micropoder, de apelación, etc., pero sin describir ni analizar no sólo las articulaciones, sino los mecanismos específicos de esta relación. La articulación opera como dada y a favor de la estructura.

La mayoría de estas tendencias proponen una concepción de la estructura en términos de institucionalización(instituido),más allá de la invocación a los procesos de cambio, modificación y hasta revolución.

Por su parte las concepciones que colocan el eje en el papel del sujeto proponen:

a) que éste en sus acciones inclusive en sus reacciones, modifica, recrea o directamente crea la estructura. Lo que está estructurando la vida cotidiana es lo que los sujetos hacen.

b) el sujeto, por lo menos parcialmente, actúa intencionalmente; con proyectos o no, pero estructurando la realidad en el desarrollo de sus prácticas. Si bien gran parte de los comportamientos son prácticas rutinizadas, ello no supone negarles calidad de intencionalidad.

C) los sistemas sociales tienden a la reproducción; tendrían una intencionalidad funcional de reproducirse, pero los sujetos no cumplen ni realizan unánime ni homogéneamente la intencionalidad de la estructura, sino que desarrollan su propia intencionalidad en función de sus necesidades/objetivos/deseos específicos.

d) los sujetos sociales pueden o no tener proyectos, pueden o no diseñar estrategias, pero una parte sustantiva de los comportamientos son coyunturales, dudosos, parcialmente inesperados, etc.

e) la estructura social, el orden simbólico, la organización económico/política, etc. existen, pero lo decisivo de la "vida social" no está en dicha estructura sino en las representaciones y prácticas que ejercen los sujetos. La estructura no explica las

características especificas y puntuales de las prácticas, las acciones, los cambios que operan los sujetos en su vida cotidiana.

f) la estructura social puede ser analizada independientemente de los sujetos que la constituyen, pero esta concepción refiere a la realidad como modelo, y no a la realidad que se desarrolla a través de los sujetos.

g) el sujeto, por lo menos parcialmente, no solo opera intencionalmente sino que también es un "sujeto responsable" que tiene la capacidad/potencialidad de elegir. Si bien las condiciones del contexto material y cultural establecen límites a esta posibilidad, ello no niega la potencialidad de elección.

h) los sujetos pueden pertenecer a grupos étnicos, a clases sociales, a géneros distintos, etc., pero ello no supone la existencia de un sujeto uniforme y homogéneo constituido a partir de dichas categorías. Debe buscarse la diferencia, es decir los recursos personales/ microgrupales que establecen la diferenciación dentro de la similaridad.

La mayoría de las tendencias que pueden incluirse dentro de esta concepción tampoco produjeron los mecanismos de articulación sujeto/estructura, o cuando lo hicieron frecuentemente los encontraron en los mecanismos y características psicológicas de los sujetos o en procesos exclusivamente microsociales. Algunas tendencias acuñaron y usaron el concepto de mediaciones, pero salvo excepciones su aplicación no posibilitó realmente la articulación sujeto/estructura.

Algunas propuestas de articulación sujeto/estructura

Dentro de estas dos tendencias polares, se han generado conceptos articulados que, según los objetivos de los que los aplican, colocan el peso en forma diferencial en la estructura o en el sujeto. En función del espacio disponible hemos seleccionado un sólo concepto, el de rol, a partir de su significación teórica y de su continuidad hasta la actualidad dentro de la teoría antropológica. Este concepto posibilita observar especialmente ciertas características del proceso de continuidad/discontinuidad, que en parte es debido a que el mismo fue producido y sobre todo usado a partir de propuestas tanto negadoras como recuperadoras del sujeto, aun cuando debe asumirse que las primeras fueron las tendencias dominantes.

Quiero recordar que este concepto, con este u otros nombres, sigue vigente y que algunos de los aportes más significativos generados en las últimas décadas al análisis del sujeto -me refiero a los de Goffman o a los Lemert- constituyen elaboraciones muy inteligentes

de la teoría de los roles.

El concepto de rol ha tenido una gran diversidad de usos e interpretaciones, pero a nuestro entender se expresa a través de tres propuestas básicas que se gestaron y desarrollaron durante las décadas de 1920 y 1930,y siguen operando actualmente.

Dichas propuestas son: a)una que sostiene que toda estructura necesita producir comportamientos normatizados para el funcionamiento y reproducción del orden estructural (estructural/funcionalismo); b) otra que pese a reconocer la prioridad de la estructura, trata de recuperar la dimensión subjetiva, incluyendo inclusive los aspectos inconscientes de la misma y plantea la relación estructura/sujeto en términos de cultura/personalidad (una parte del culturalismo antropológico norteamericano), y c)una tercera que propone una noción de sujeto activo, que se autoconstituye al constituir la realidad con los otros (G.H.Mead).

Es decir que el concepto del rol define el papel del sujeto de diferentes maneras, desde considerar al sujeto como mero reproductor de la estructura (diversos tipos de estructural/funcionalismo, incluido el marxismo althusseriano), hasta el expreso reconocimiento de la significación del individuo, de la personalidad, del sujeto en la constitución de la realidad(interaccionismo simbólico)[9].

La propuesta que expresa mayor continuidad hasta la actualidad, es la que parte del supuesto de que toda sociedad (cultura/estructura) produce una serie de papeles que necesitan cumplirse de una determinada manera. Cada rol se caracterizaría por una serie mínima de atributos específicos.

Si bien esta concepción del rol no implica necesariamente una interpretación uniforme, homogénea, fija de los comportamientos, ya que sólo reconoce una serie de atributos básicos; recurrentemente el peso se ha colocado en la determinación del rol sobre la conducta del sujeto.

La propuesta dominante fue la de que toda sociedad necesita asegurar el cumplimiento de determinadas actividades y funciones, más allá de las características idiosincráticas de los sujetos que las realizan. Y la mayoría del pensamiento antropológico asumió, explicitamente o no, esta concepción, más allá de que unos utilicen el concepto de cultura, de estructura, de grupo étnico o de identidad.

Considero que como escuela, y más allá de posiciones individuales, fue una parte

9.Este concepto implica la posibilidad de pensar la realidad en términos relacionales; todo sujeto opera sus roles dentro de relaciones sociales. Dependerá de la teoria y sobre todo de los objetivos del investigador, si dichas relaciones incluyen o excluyen la dimensión subjetiva.

significativa del culturismo norteamericano, la primera escuela antropológica que realmente reconoció algún papel al sujeto. Y este reconocimiento se dio en parte a través del concepto de rol.

Esta posición está planteada muy tempranamente por el primer antropólogo que utilizó el concepto de rol, ya que Linón después de G.H.Mead, parece ser el primer autor que maneja sistemáticamente este concepto (Nadel 1962). Así Linón en 1936 si bien reconoce la importancia de los patrones culturales, señala que los miembros de las sociedades, incluidas las etnográficas "... siguen siendo individuos con capacidad para generar reacciones independientes e inesperadas... En todas las relaciones sociales hay un elemento irreductible de variación que se debe a las diferencias que existen entre los individuos implicados en casos distintos. Para que los patrones ideales de estas relaciones encontraran expresión completa y repetida, se necesitaría cortar exactamente con la misma medida las personalidades de los individuos que participan en ellas. Y esto es imposible... Como los patrones ideales se basan en un supuesto de condiciones constantes en las relaciones a que se refieren, mientras las condiciones reales son casi infinitamente variables, la oportunidad para que un patrón alcance completa expresión es muy reducida" (Linton 1985(1936): 110-111).

Esta recuperación del rol del sujeto no es una posición personal de Linton; autores como Radin, Opler, Redfield, Devereux o Erasmus ponderaron el papel del individuo en el estudio de grupos étnicos y campesinos en las décadas de los treinta, cuarenta y cincuenta. Radin en la década del veinte concluía: "Dondequiera obtenemos información detallada sobre rituales, ritos mágicos, etc., no tardamos en descubrir que mucha de la supuesta uniformidad estereotipada y ausencia de variación, desaparece por completo tal como también ocurre en el caso de los mitos"(1960:70). Según su revisión y propia experiencia etnográfica "... los primitivos admiten como normal la expresión de todos los actos humanos. Pero van mucho más lejos: admiten también francamente el hecho de que esta expresión es específicamente diferente en los diferentes individuos"(1960:93). Para Radin la omisión de las características personales, es en gran medida producto de que el etnógrafo construye un texto que pone en evidencia las uniformidades, eliminando las variaciones personales.

En especial la línea de trabajo organizada a partir de Sapir, y de los autores que generaron una aproximación entre cultura y psicoanálisis, rescatan al sujeto a través de la categoría de personalidad.

Pero esta "tradición" del reconocimiento del papel del individuo en los grupos étnicos se expresará también en la línea de investigación Malinowsky/Firth, e inclusive en las

propuestas de algunos de los más destacados neodurkheimianos actuales como M.Douglas quien comparando las sociedades complejas y las *primitivas* concluye que "En los sistemas primitivos... todas las presiones que se ejercen sobre el individuo son de tipo personal, y del mismo modo que son capaces de controlarle a él, él es capaz de modificar a estas por medio de sus acciones", mientras que en la sociedad industrial moderna el proceso de mutua influencia entre el yo y el grupo se ha roto y en consecuencia "La reacción del individuo no puede ya modificar las presiones que la sociedad ejerce sobre él... Los controles más fuertes no se ejercen a nivel personal" (Douglas 1978:129-30).

De lo analizado surge que en los treinta y cuarenta una categoría que refería al sujeto pasaba por primera vez en la teoría antropológica a constituirse en un concepto central, por lo menos de algunas escuelas, de dicha disciplina. Más aún, al construirla parcialmente a través del psicoanálisis, incluía la dimensión inconsciente como parte de su concepción del sujeto.

Antes de continuar con el uso del concepto de rol por otras tendencias, me interesa hacer algunas acotaciones respecto de esta recuperación del sujeto, dado que recurrentemente nos encontraremos con modalidades similares. El uso del sujeto en la antropología norteamericana deviene en gran medida de la inclusión de la teoría psicoanalítica; pero si bien ésta maneja la dimensión de inconsciente, las tendencias antropológicas redujeron significativamente el uso de dicha dimensión hasta casi hacerla desaparecer. Estas corrientes fueron reduciendo la dimensión inconsciente a los aspectos no manifiestos y latentes con que el sujeto opera dentro de la realidad dada. La relación manifiesto/latente desarrollada por el funcionalismo y el culturalismo expresan en gran medida la transformación del inconsciente en categorías manejables por una antropología centrada en la cultura y/o en la estructura.

La categoría que la antropología utiliza -la de persona- refería a un sujeto integrado y consciente que se articulaba con una noción de cultura también pensada como integrada. La personalidad y la cultura son consideradas por estos antropólogos como dos tonalidades integradas en niveles distintos pero articulables.

Esta orientación fue avalada ulteriormente por el desarrollo de la teoría del yo dentro de la propia teoría psicoanalítica. Pero lo que me interesa señalar y explicar, es porque se dio este fenómeno que se reiterará recurrentemente en muy distintas escuelas hasta la actualidad. El abandono o resignificación de la categoría de inconsciente por la producción antropolígica, y por supuesto sobre todo por determinadas escuelas psicoanalíticas, fue criticado en las décadas de los treinta y cuarenta, y nuevamente en los sesenta y setenta -y

posiblemente lo sea también en el 2010- por diversas tendencias, algunas de las cuales recuperaban la categoría de inconciente desde posiciones no sólo teóricas sino desde propuestas políticas radicales. Si bien gran parte de dichas críticas eran legítimas y coherentes a nivel teórico (ver Jacoby 1977), tal vez no lo fueron tanto a nivel práctico/político. Estos autores reiteradamente señalaron que la exclusión del inconsciente limitaba o directamente imposibilitaba comprender algunos de los principales procesos, acciones, reacciones y motivaciones colectivas, al ser reducidas a la realidad manifiesta. Y esto en gran medida era correcto; el problema radicaba en como trabajar antropológicamente con el inconsciente a través de los conjuntos sociales.

Desde nuestra perspectiva la localización, cada vez mayor de la antropología culturista y de determinadas corrientes filosóficas, en una categoría de sujeto que afirmaba lo consciente y personal y negaba o secundarizaba lo inconciente, obedecía a determinadas tendencias teóricas que se venían desarrollando desde principios del siglo veinte (fenomenologías, vitalismos, perspectivismos, existencialismos), pero también a dos tipos de hechos complementarios.

En la década de los veinte, pero sobre todo en los treinta, el nazismo, -como luego veremos- estaba constituyendo una noción de sujeto caracterizado no solo por incluir elementos no racionales sino que remitían al inconsciente cultural del cual formaba parte dicho sujeto. El nazismo montaba parte de su interpretación y fuerza ideológica en la recuperación del inconsciente cultural. En gran medida el sujeto social nazi era un sujeto del inconsciente.

Pero además una parte de la antropología en la cual participaba el culturismo antropológico norteamericano desarrolló desde los treinta una antropología aplicada que al trabajar con el saber de los conjuntos sociales, con la intencionalidad (necesidad) de modificación, con la inducción al cambio, conducía a trabajar con los aspectos conscientes del sujeto y de su grupo. Pensar un sujeto activo y participativo conducía a proponer un sujeto caracterizado por la intencionalidad y la conciencia.

Es decir que el uso de un concepto de sujeto donde la dimensión inconsciente es negada o puesta entre paréntesis, y se pondera la intencionalidad y conciencia, obedecía por lo menos en parte a la vinculación del trabajo antropológico con procesos ideológico/políticos y al desarrollo de orientaciones aplicadas.

En consecuencia subrayamos que la búsqueda de un sujeto activo y participativo, parece conducir recurrentemente a colocar el eje en la conciencia y en la intencionalidad, y a reducir o directamente eliminar la dimensión inconsciente, lo cual puede ser observado

hasta la actualidad.

Pero además, el uso del concepto de rol condujo a la emergencia de toda una serie de problemáticas que se irán resolviendo a través de la resignificación y reorientación, a veces paradojal, de este concepto.

Si bien el peso inicial del concepto de rol se colocó en la estructura, toda una serie de autores reconocerán tempranamente que las características de la personalidad influyen en el desempeño del rol. Esto condujo a diferenciar concepción de rol de comportamiento de rol a partir de diferentes interpretaciones. Para unos dominaría una correspondencia básica entre representación y práctica de rol, mientras que otros asumieron no sólo las diferencias sino las discrepancias entre concepción y conducta, señalando que dichas diferenciaciones obedecerían tanto a las condiciones estructurales que operan situacionalmente como a la personalidad.

Una segunda problemática constituida tempranamente procede del reconocimiento de los conflictos que podrían generar en el sujeto la realización de roles que presentarían incompatibilidades entre sí. Inicialmente la línea teórica dominante proponía un sujeto caracterizado por la integración de roles; el concepto de persona como ya se señaló evocaba justamente un sujeto integrado. Esta concepción dominaba especialmente en antropología, ya que las sociedades estudiadas presentaban una escasa serie de roles fuertemente definidos y articulados entre sí, que no darían lugar a conflictos y discrepancias.

La teoría de los roles aplicada a las sociedades complejas, supuso no sólo reconocer un incremento en el número de roles, sino la posible emergencia de conflictos dado que la dimensión ideológico/cultural no lograría soldar los diferentes roles representados por un sujeto, con la misma compatibilidad que operaba en las sociedades etnográficas. Por lo tanto las sociedades dominadas por la competencia en el plano ocupacional y económico, debían crear un sujeto que compitiera en estos espacios, pero que simultáneamente produjera comportamientos colaborativos en otros ámbitos como la familia o el grupo de amigos. Las personas necesitarían integrar en su funcionamiento roles por lo menos parcialmente incompatibles, no sólo en términos ideológicoculturales sino también afectivos.

Como vemos, se va reconociendo a través de la teoría de los roles la emergencia de diferencias y discrepancias que pueden operar en dos dimensiones; la de la relación entre las representaciones y las prácticas y la relación entre los diferentes roles que realiza un sujeto.

Es en función de estas dos dimensiones que van a ir desarrollándose en la descripción etnográfica y en los procesos sociopolíticos e ideológicos, antes que en la teoría,

interpretaciones del sujeto como sujeto dividido, fragmentado, descentrado, que muchos estudiosos latinoamericanos consideran concepciones relativamente recientes y procedentes exclusivamente de tendencias filosóficas más o menos a la moda.

El empirismo y bajo desarrollo teórico de una parte -aunque no de todas- de estas propuestas, opacó o directamente impidió observar la idea de sujeto que algunos autores estaban comenzando a manejar. Pero también limitó este reconocimiento la vigencia de definiciones dominantes del sujeto colocadas en una noción fuertemente integrada del mismo.

Los autores que reconocen la incompatibilidad de roles o la potencialidad del conflicto de roles, comienzan a proponer que se está constituyendo un sujeto disociado, pero que sin embargo asegura o favorece la reproducción de la estructura. Para que el conflicto no se traduzca en incumplimiento de actividades o en neurosis conflictiva, la estructura impulsaría funcionalmente el desarrollo de este tipo de subjetividad.

Es respecto de este tipo de sujetos que en los cincuenta y sesenta se recuperan los viejos conceptos de anomia y de alienación social con cierta intencionalidad crítica, mientras que otros impulsan el de desviación social colocando el eje en la funcionalidad de estos comportamientos para el sistema social (Matza 1981,Menéndez 1979).

Estos y otros procesos, conducirá a varios autores -entre los que sobresale Goffman- a proponer que todo sujeto necesita desarrollar un constante trabajo de rol; un continuo esfuerzo de articulación de roles a través del manejo de la propia subjetividad.

Dados los espacios y procesos sociales donde el sujeto debe desempeñarse, por ejemplo en una economía que impulsa el desarrollo de un mercado de trabajo y de un mercado de valores que se expanden continuamente incluyendo y excluyendo sujetos, cada uno de los sujetos necesita desarrollar un trabajo de articulación de roles, así como un trabajo para convencer a "los otros" de quien es él como sujeto, en función de los roles que está cumpliendo. Pero además, los vaivenes del mercado conduce a la emergencia y desaparición continua de roles; a la modificación, obsolescencia, degradación o validación de roles, por lo que el sujeto va aprendiendo a constituir una concepción provisional de su subjetividad en función de las posibilidades del mercado.

Es decir que se va desarrollando una concepción del actor donde su subjetividad es provisional e intercambiable, donde el sujeto no es una unidad, donde la representación implica un esfuerzo que tiende a distanciar lo representado de su esfera más privada. La subjetividad

de cada uno emerge como una continua tarea de convencimiento de los otros, pero también de uno mismo. Recordemos que varias de estas interpretaciones habrán sido

propuestas antes que Goffman, por autores como Riesman o White Jr. a principios de la década de los cincuenta [10].

Los estudios sobre profesiones y carrera ocupacional por otra parte, comienzan a evidenciar empíricamente un hecho casi obvio, pero con implicancia en lo que estamos analizando. La estructura incorpora los aspectos del sujeto favorables a su reproducción, y excluye funcionalmente a los restantes aspectos, más allá de que se opongan o no a la reproducción de la estructura. El sistema sólo utiliza una parte mínima de los saberes y experiencias profesionales de médicos, químicos o arquitectos -y por supuesto de obreros y de campesinos- y no necesariamente se utiliza la experiencia y saber más preciados por el propio sujeto.

El sujeto, o por lo menos una parte de la subjetividad, va siendo cada vez más definido como dependiente, irresponsable, "dirigido desde afuera", caracterizado por un yo dividido, por la inautenticidad, y por representar sus roles cada vez más separados de su subjetividad.

La realidad y los juegos teóricos

El desarrollo de estas concepciones obedecía a varios factores, algunos de los cuales pueden ser encontrados en el propio proceso de construcción de conocimiento

10.W.H.Whyte Jr (1956) en un libro cuyo texto fue previamente publicado a nivel periodístico, describió al "nuevo" norteamericano de los suburbios urbanos de clase media, como un sujeto que para vivir necesita convencer a otras personas y a sí mismo, que su forma de vida y el lugar donde vive son los que corresponden a sus estatuas. Pero para ser correctos, debe señalares que los primeros que desarrollaron estas y otras concepciones sobre el sujeto fueron una serie de novelistas y dramaturgos europeos entre 1910 y 1930,entre los que sobresale la obra de Pirandello. Para este autor, toda persona representa su rol, sabiendo que lo representa; no hay una personalidad, sino estructuras efímeras. El sujeto es básicamente un personaje que representa un papel para poder convivir con los otros. Este personaje frecuentemente no cree lo que el mismo representa, por lo cual Pirandello sostiene la imposibilidad teórica de la sinceridad: "Cuando la sinceridad parece imposible, la personalidad humana o bien se convierte en un engaño, o bien en un milagro inestable, pronto a disociarse. El teatro de Pirandello está construido con esta disociación" (R.Marill Alberes 1952:209). Es importante subrayar que esta no es una propuesta personal de un autor, sino que es parte de diversas corrientes que interpretan la vida como representación. Así para A.Huxley el comportamiento es un rol aprendido, según el cual "...sentimentalismo, emoción, heroísmo, religiosidad, seguridad, altas aspiraciones no pueden expresarse sino a través de una comedia que se representa ante sí mismo y ante los demás, y en la que no se cree. La sabiduría consiste en vivir dividido" (Marill Alberes 1952:211)

académico, y otros en su vinculación con procesos históricos que tuvieron un fuerte impacto en la constitución histórica de subjetividades sociales.

La teoría antropológica dominante durante el lapso 1920-50 afirmaba en forma bastante unívoca lo que se denominaba "la plasticidad del sujeto", es decir el reconocimiento de la capacidad/potencialidad de la cultura de constituir, organizar, modelar la personalidad no sólo a nivel cultural, sino también a nivel psíquico y biológico.

Esta concepción se vio paradójicamente apoyada por el desarrollo de las concepciones fascistas y stalinistas que se proponían como políticas de estado la modificación rápida y profunda de los sujetos a través de un trabajo ideológico/cultural determinado desde el poder y a través del poder, para lograr la constitución del "hombre nuevo".

Esta concepción de la transformación de los sujetos se articulaba parcialmente con las concepciones desarrolladas por la Antropología Aplicada, que proponía que dados determinados medios y situaciones podían generarse modificaciones en los comportamientos culturales individuales y sobre todo colectivos. Ambas propuestas compartían el reconocimiento del peso decisivo de lo ideológico/cultural.

La cultura y los sujetos de la misma, aparecían como construcciones sociales; esta paradójica convergencia, y en especial la concepción dominante de la plasticidad del sujeto, es lo que condujo a una parte de los antropólogos durante la denominada segunda guerra mundial, y sobre todo a fines de la misma, a interrogarse sobre cómo se podrían constituir tipos de personalidades que no se tradujeran en el desarrollo de culturas agresivas y destructivas.

En este período el referente básico fue el nazismo por razones de

tipo político y social, pero también por razones teóricas. El nazismo alemán no sólo había llevado a un límite casi impensable su política de construcción de subjetividades y destrucción de sujetos, sino que su institucionalización y su ulterior derrota ejemplificaron parte de las propuestas más radicales y cínicas de la teoría de los roles.

En pocos años en Alemania nazi el asesinato político y la tortura masiva de los "otros" aparecieron no sólo legitimados, sino organizados burocráticamente. Una parte de los homicidios, del manejo de prisioneros en campos de concentración, de técnicas de degradación humanas, etc., aparecieron en unos casos asumidos como procesos necesarios para la reproducción socioideológica del nuevo estado, pero también fueron asumidas por los sujetos como "trabajo", como ocupación remunerada (Menéndez 1972).

El distanciamiento de rol establecido con el enemigo, el oprimido, el subhumano, etc., se articuló al final de la denominada segunda guerra mundial con la estrategia utilizada

por la mayoría de las personas juzgadas por su papel desempeñado bajo el nazismo, que delegaron sus responsabilidades como sujetos en la estructura del partido nazi, del ejército, de la nación.

Pero debe subrayarse que esta no fue sólo una estrategia de simulación -y esto es para mi decisivo-, sino que la misma se correspondía con una concepción del sujeto según la cual éste no puede ser interpretado exclusivamente a través de su yo, dado que su constitutividad refiere a un Otro que lo incluye. El nazismo fue constituyendo una concepción donde el sujeto no era considerado como una unidad autónoma, independiente, autolimitada, etc., sino como subjetividad simultáneamente aparente y real. Aparente porque reproduce un orden ideológico/cultural donde su subjetividad es secundaria, y real porque dicha apariencia es su propia subjetividad.[11] Es justamente este juego de apariencias, el que trata de producir un sujeto que debe responsabilizarse de sus actos, pero a partir de una concepción ideológica que refiere la legitimidad de los mismos no a su subjetividad, sino al Estado.

Son en parte estas convergencias paradojales, y las terribles consecuencias del nazismo, las que están a la base de la recuperación de la intencionalidad y de la conciencia que se dieron entre los treinta y los cincuenta, cuando desde la fenomenología, el existencialismo, el marxismo, el freudomarxismo, el interaccionismo se propone un sujeto activo, autónomo o relativamente autónomo, responsable, que puede cuestionar y oponerse a la determinación de la estructura.

En este trabajo no podemos analizar este proceso de recuperación del sujeto, pero si sacar algunas conclusiones de nuestra revisión del concepto de rol. En principio me interesa recuperar lo obvio: el hecho de que un mismo concepto puede ser utilizado de muy diferentes maneras, en nuestro caso, respecto de la relación estructura/sujeto.

Si bien en el uso de este concepto dominan las tendencias que colocan el peso en la estructura, varios autores incluyen la importancia decisiva del sujeto. Más aún, varias tendencias aún afirmando la significación de la estructura, dieron lugar al desarrollo de aspectos paradojales de la subjetividad. Los hallazgos sobre una subjetividad provisional, intercambiable, distante de su yo, dividida, descentrada, etc., evidencia no sólo rasgos del sujeto sino como éstos se constituyen a través de la relación estructura/sujeto. Para algunas de estas propuestas, más que de *astucia* de la estructura habría que pensar en la *astucia* del sujeto.

11.El nazismo construyó una ideología que refería esta noción de sujeto a la mayoría de la población "aria"; propuso otra para los no "arios" y reservó una tercer noción de sujeto para la elite caracterizada por su autonomía, conciencia, intencionalidad, heroicidad, etc., pero siempre referida al Otro, en este caso al Jefe.

Los conceptos son instrumentos provisionales, que los autores usan a partir de las líneas teóricas que asumen como propias, pero sobre todo en función de los problemas que se plantean, de los objetivos que quieren obtener, de lo que quieren demostrar, y es en función de ello que los conceptos expresan posibilidades diferentes más allá del nombre común que los identifica[12].

En consecuencia, si bien autores como Nadel o Parsons utilizan el concepto de rol, no buscan por ello describir e interpretar los mismos problemas que otros autores que desarrollaron su obra desde la década de los cincuenta, y entre los que sobresalen Lemert y Goffman. Recordemos que para éste (Goffman 1970, 1979, 1989), el sujeto más que cumplir normas, busca hacer creer que las cumple; para el sujeto lo central no está en cumplir o creer en la norma, sino en convencernos de lo que está representando. Esto supone pensar en un sujeto que no se adhiere a su rol; un sujeto preocupado por la representación, cuyos rasgos no son durables. Lo sustantivo está en el modo de representar y no en los contenidos de la representación[13].

En el caso de Lemert(1966,1967), desde los cincuenta afirmará la existencia de una relación sujeto/estructura caracterizada por la no planificación, por lo incierto, por lo ambiguo de los comportamientos; enfatizará el papel de lo situacional y del riesgo no sólo en la producción de comportamientos sino en la relación del sujeto con los otros. Al desarrollar su teoría de la "desviación social", propondrá que la posibilidad de etiquetamiento dependerá de un proceso donde el sujeto desarrolla estrategias que pueden reducir o directamente eliminar la estigmatización y control de sus comportamientos. Para Lemert, contrariamente

12.Al analizar el uso de un concepto es decisivo observar qué es lo que busca el investigador (o técnico o político) al trabajar con éste y no con otro concepto; qué busca focalizar, qué quiere interpretar. Para formularlo más empíricamente) ¿qué buscaban Levi Strauss, Leach o de Heusch al trabajar con la estructura? ¿Qué buscaban Kitsuse, Lemert, Shepper-Hughes o Good al trabajar con el sujeto?. Para nosotros, por lo menos parte de la respuesta, no está en el concepto en sí, sino en la orientación que los autores dan a los conceptos en función de los problemas que se plantearon y querían interpretar y/o resolver. Gran parte de las críticas a los *estructuralistas* o a los *subjetivistas* han sido realizadas a partir de no asumir lo que dichos autores se planteaban como eje de sus investigaciones, más allá de que se concordara o no con sus interpretaciones.

13.La propuesta de que lo básico es la representación, implica pensar en un sujeto poco adherido a su cultura. Esto conduciría a explicar la rapidez con que, por lo menos una parte de los sujetos modifican sus ideologías, cambian sus hábitos culturales, pasan de determinadas concepciones a las opuestas, etc. con una frecuencia y velocidad que no guarda relación con las interpretaciones antropológicas dominantes, basadas en el peso de la socialización cultural profunda.

a las propuestas de varios interaccionistas simbólicos, el sujeto no sólo es un sujeto reactivo, sino activo; es decir, no sólo el etiquetamiento *construye* al sujeto.

En los cincuenta y sesenta tenemos por lo tanto toda una serie de aportes que, como los de Lemert, recuperan el papel del sujeto, pero sin ignorar las relaciones sujeto/estructura, ya que por el contrario este autor dinamiza estas relaciones para evitar caer en los maniqueísmos analíticos en los que cayeron etnometodólogos como Sacks e interaccionistas simbólicos como Strauss. Es decir que junto a las tendencias teóricas dominantes que colocaban el peso en la estructura, desde la década de los veinte contamos con toda una serie de corrientes que desde diferentes perspectivas recuperan el papel del sujeto y de la subjetividad. Sin embargo, estas perspectivas no fueron recuperadas ni utilizadas por las líneas teóricas dominantes en América Latina, y actualmente no parecen ser tenidas en cuenta por los autores y tendencias que entre nosotros recuperan esta antigua y continua forma de pensar/hacer.

Considero, y espero haberlo puesto de manifiesto, que no sólo dentro de las formas de pensar antropológica y sociológica se arriba a determinadas concepciones del sujeto y de la relación sujeto/estructura. Sin haberlo desarrollado demasiado hemos subrayado la existencia de toda una producción novelística, teatral y ensayística que, bastante previamente a la socioantropología, formuló interpretaciones del sujeto similares a las que iban a construir más tarde los antropólogos y sociólogos a través del concepto de rol. Hemos subrayado por otra parte, las concomitancias entre la producción y uso de académico de determinados conceptos, y las políticas de construcción de subjetividades desarrolladas por determinados sistemas políticosociales.

Pero además me interesa enfatizar la necesidad de poner en juego permanentemente nuestra intencionalidad en el uso de conceptos, para que éstos "digan" en la etnografía lo que proponemos en las definiciones o que damos por supuesto. Colocar el eje en el sujeto parece ser una tendencia de varias escuelas, pero el proceso de conocimiento socioantropológico parece conducir a una continua negación del sujeto, por lo menos en varias escuelas importantes. Parsons a partir de M.Weber cayó en el estructural/funcionalismo, al cual no olvidemos dicho autor consideraba "una teoría de la acción"; Althusser a través de Marx cayó en el estructuralismo; y toda una serie de autores actuales en nombre del actor caen en el estructuralismo del actor.

Por otra parte toda una serie de autores que partieron de la fenomenología, del freudomarxismo o del funcionalismo, y que afirmaron el peso del sujeto y del microgrupo como eje de descripción y compresión de los comportamientos colectivos y de las estructuras

reales, terminaron colocando el eje en las relaciones personales, en la dinámica del microgrupo, en el rescate de la individualidad descontextualizada.

Este no es sólo un problema de las Ciencias Sociales y Antropológicas; según De Ruggiero "Una ojeada a la filosofía moderna nos muestra fácilmente que, con respecto al problema de la personalidad, el interés especulativo ha ido continuamente oscilando entre dos extremos; entre una reivindicación asidua, exasperada de la individualidad y de la subjetividad por un lado, y una anulación de esos valores en una visión interpersonal y transubjetiva por el otro. La misma oscilación entre los dos polos opuestos la encontramos en los juicios comunes y en las actitudes vitales de nuestra época..." (1949:213). Y agrega, que pese a que la filosofía desde Descartes "... tiene como carácter constante el repudiar toda visión descentrada de la realidad y el adoptar como su centro móvil la actividad del sujeto que piensa, siente y obra"(De Ruggiero 1949:215),dicha filosofía concluye casi inevitablemente en la descentración.

En consecuencia, en el uso/desuso de conceptos -y no sólo en Antropología- observamos un proceso de continuidad/discontinuidad que tiende, por lo menos en algunas tendencias teóricas, a orientar el uso de un concepto hacia ciertas descripciones e interpretaciones centradas en la estructura o en el sujeto, más allá de los objetivos respecto de los cuales se construyó el concepto. Observamos cómo un mismo concepto no sólo es resignificado por diferentes tendencias teóricas, sino que un concepto organizado en gran medida a partir de la estructura produce una determinada concepción de la subjetividad de los actores que cuestiona el peso de la estructura. Observamos también que toda una serie de autores, que como Roy o Lemert describieron e interpretaron tempranamente al sujeto o por lo menos la subjetividad de los actores, suelen ser entre nosotros negados, desconocidos

14.Hay un hecho obvio, que de tan obvio no suele ser incluido en este tipo de análisis de conceptos. Me refiero al hecho de que por lo menos determinados autores y tendencias teóricas en América Latina, tienden a construir sus referencias bibliográficas sólo a través de determinado corpus teórico y/o etnográfico, frecuentemente negando, omitiendo inclusive estigmatizando a otros conceptos, tendencias teóricas o autores. En algunos trabajos esto llama sumamente la atención, pues analizando problemáticas similares y llegando a interpretaciones semejantes a las elaboraciones propuestas anteriormente o inclusive coetáneamente por *otros* autores, estos no aparecen en el corpus bibliográfico. Este tipo de omisiones no es producto de una aproximación exclusivamente teórica, sino que es parte de un proceso de exclusión institucional, social, ideológico, político y por supuesto también teórico. Actualmente estamos analizando la producción antropológica, sociológica y de medicina social generada entre 1980-1997 sobre determinadas problemáticas del proceso salud/enfermedad/atención en tres países latinoamericanos (Argentina, Brasil y México), y los datos obtenidos hasta ahora corroboran lo señalado.

o directamente excluidos de este proceso de recuperación del sujeto.

La negación del Otro, la afirmación de la propia identidad teórico/metodologica, la estigmatización de conceptos y autores así como otros procesos[14], operan en el uso y desuso de conceptos. Por lo cual debe asumirse en todas sus implicaciones, que reconocer el proceso de continuidad/discontinuidad en la producción y uso de conceptos implica asumir que en dicho proceso teórico/metodológico operan estructuras y procesos sociales, institucionales, ideológicos, económico/políticos y también subjetivos que si son excluidos, no posibilitan comprender el proceso de elaboración y aplicación de los conceptos. Que el peso del análisis de la continuidad/discontinuidad deba colocarse en lo intrínseco, es decir en la producción de conocimiento antropológico (Menéndez y Di Pardo 1996), no supone excluir las dimensiones señaladas, sino articularlas al proceso de construcción conceptual en antropología.[15]

15.Intencionalmente he utilizado y citado, toda una serie de trabajos producidos entre 1920 y 1960, para evidenciar la fuerza y significación no sólo de las similaridades, sino sobre todo de los olvidos.

Bibliografía

Allué, M. 1996, Perder la piel. Edit.Planeta/Seix Barral, Barcelona

Bonfil,G., 1962, Diagnóstico sobre el hambre en Sudzal, Yucatán. Instituto Nacional de Antropología e Historia, México.

1995 (1965), "El pensamiento conservador en la antropología aplicada.Una crítica" en G.Bonfil: Obras escogidas. INI/INAH México 1995: I:173-82.

Cortés,B., 1996, "Experiencia de enfermedad y narración: el malentendido de la cura" en Nueva Antropología, N1 52, México (en prensa).

De Ruggiero,G., 1949, El retorno a la razón.Paidós, Buenos Aires

Devereux,G., 1977(1967), De la ansiedad al método en las ciencias del comportamiento. Siglo XXI Edits., México

Douglas,M., 1978, Símbolos naturales. Alianza Editorial, Madrid

Goffman,E.,1970, El ritual de la interacción social. Tiempo Contemporáneo, Buenos Aires

1979(1971), Relaciones en público., Microestudios del orden público. Alianza Editorial,Madrid

1989(1959), La presentación de la persona en la vida cotidiana. Amorrortu, Buenos Aires

Gouldner, 1973ª, For Sociology.Renewal and Critique in Sociology Today The Penguin Press, Harmondsworth

1973b, La crisis de la sociologia occidental. Amorrortu, Buenos Aires

Homans,G., 1950, The Human Group.Harccourt,Brace & Co.,New York (edición en español: El grupo humano, EUDEBA, Bs.As.1963)

Horowitz,I.L., 1969, La nueva sociología. Amorrortu, Buenos Aires, 2 vols.

Jacoby,R., 1977, La anmesia social.Una crítica de la psicología conformista desde Adler hasta Laing. Casa Bosch Edit., Barcelona.

Kluckhohn,C., 1945, The personal documents in anthropological science: en The use of personal documents in history,anthropology and sociology.Social Science Research Council,Bull. N1 53,New York

Lemert,E., 1966, "La conducta del falsificador de cheques sistemático" en H.S.Becker(Comp.): Los 'otros' entre nosotros. Perspectivas sobre la aberración. Sagitario Edic.,Barcelona: 231-46.

1967, Human deviance, social problems and social control. Prentice-Hall, Inc. Englewood Cliffs, New Jersey

Linton,R., Estudio del Hombre. Fondo de Cultura Económica, México 1985 (1936)

Marill Alberes,R., 1952, La aventura intelectual del siglo XX. Edic. Peuser, Buenos Aires

Matza,D., 1981, El proceso de desviación., Taurus, Madrid

Menéndez,E.L., 1972, Racismo,colonialismo y violencia científica., Centro Editor de América Latina, Buenos Aires.

1979, Cura y Control. La apropiación de lo social por la práctica psiquiátrica. Edit. Nueva Imagen, México

1981, Poder, estratificación y salud. Análisis de las condiciones sociales y económicas de la enfermedad en Yucatán. Ediciones de la Casa Chata, México

1984, Descripción y análisis de las representaciones y prácticas de los grupos domésticos sobre la mortalidad en niños menores de cinco años en una comunidad de Guanajuato. Ms.,México

1990a, Antropología Médica. Orientaciones, desigualdades y transacciones. Cuaderno N1 179 de la Casa Chata, México.

1990b, Morir de alcohol. Saber y hegemonía médica. Alianza Editorial, México.

1994, "La enfermedad y la curación. ¿Qué es medicina tradicional? en Alteridades 4(7): 71-83

1995a, "Participación social en salud como realidad técnica y como imaginario social" en Dimensión Antropológica vol.5: 7-36, México

1995b, Conceptos en Antropología Social. ¿Dónde quedaron los olvidos?. Ms., México

1996a, "Struttura sociale e struttura di significato: il punto di vista dell'attore" en Antropología Médica, Rivista della Societá italiana di Antropología Médica 1-2: 97-126, Roma.

1996b, "Holísticos y especializados. Los usos futuros de la Antropología" en Nueva Antropología N1 52, México, en prensa

Menéndez,E.L. y R.Di Pardo, 1996, De algunos alcoholismos y algunos saberes. Atención Primaria y proceso de alcoholización. Colec. Miguel Othon de Mendizabal, CIESAS, México

Nadel,S., 1962, The Theory of Social Structure. Cohen & West Ltd. Londres

Radin,P., 1960, El hombre primitivo como filósofo., EUDEBA,Buenos Aires

Riesman,D.,1974(1954), Individualismo, marginalidad y cultura popular. Paidos, Buenos Aires

Whyte Jr.,W.H., 1961(1956), El hombre organización. Fondo de Cultura Económca, México

Wrigth Mills, C., 1964(1963, "La ideología profesional de los patílogos sociales" (1943): en Poder, Política, Pueblo. Fondo de Cultura Económica, México: 410-27.